

Un viento fino revolvió por el espacio los copos de nieve, formando figuras diversas y fantásticas, arrojándolos después furiosamente sobre la tierra cubierta de matas de madreselvas.

El tío Juan continuaba apoyado en su cayado.

¿Dónde iba? ¡quién sabe! ¡ni él mismo! Al azar, al mismo sitio donde los copos de nieve, á donde el viento fino lo quisiera arrojar. Allí estaba su destino.

De vez en cuando volvía su cabeza y clavaba sus ojos hinchados por el llanto en un montón de sierras cuyas crestas blanqueaban profusamente, sacaba un pañuelo de gran tamaño y limpiábase dos lágrimas que surcaban sus mejillas cortadas por el trabajo.—Si, aun os veo, sierras de mi alma. Allí entre vuestras faldas me dejé cuanto yo tenía, hijos, mujer, pobreza... todo... todo desapareció.

Tenia razón. El tío Juan había enterrado á su mujer y dos hijos en menos de dos meses. El trabajo se le negó, al asomar la edad á su semblante. Aquellas manos temblonas y escálidas no servían para nada. ¿Qué hacer? Pobre y cubierta de canas su cabeza, débil ante los años, su porvenir estaba disfrazado, el de los desgraciados que nacen en el mundo sin más herencia que el trabajo, ni más porvenir que el hambre.

En estas circunstancias caviló el tío Juan sobre su modo de proceder.

—¡Pediré!—dijo—pero lejos de aquí. Donde no me conozcan.

Y arreglando un morralillo, se apoyó en su cayado y aprovechando la obscuridad, abandonó la aldea.

Cuando llegó al inmediato pueblo era de día claro.

Todos los vecinos traginaban de un lado para otro.

La campana de la iglesia seguía tocando... tocando á muerto; el tío Juan tembló al escuchar el toque. ¡Hacia tan poco que le había oído para sus amados seres!

Siguió hacia el templo, pero antes de llegar sintió un sudor frío, acompañado de un temblor, sacudía sus miembros.

¡Hacia treinta horas que no había comido!

En dirección opuesta vió llegar un hombre bien portado.

Se dirigió á él, extendió la mano, quiso empezar á hablar... pero su lengua se enroscó en la boca y no pudo pronunciar lo que quería.

—¿Qué os pasa? preguntó el vecino.

—Nada, no es nada. ¿Queréis decirme quién ha muerto en el lugar?

—El mozo más templado del lugar, León, un buen chico. Su madre está desesperada.

—¡Lo veo! ¡Adios!
Y siguió vacilante al templo.

El entierro salía de la iglesia cuando apareció Juan,

Un féretro de maderá de pino grosamente pintado de negro, era la última morada que cobijaba el cadáver de León. Medio pueblo diríase que acompañaba al joven difunto.

Un sacerdote de cabellos blancos, y un sacristán regordete y mofetudo le sucedían. Detrás la madre, que no hubo fuerzas que la hicieran desistir de acompañar á su hijo.

Juan siguió el cadáver silencioso. Llegaron al cementerio; un responso, una palada de tierra, otra, otra y todo hubo concluido.

Todos salieron menos la madre y Juan. Ambos se arrodillaron y oraron, pero Juan no pudo terminar sus oraciones. Un nuevo sudor recorrió su cuerpo, pero más fuerte, más exigente. Entonces se levantó, miró con terror en derredor suyo y sus ojos se fijaron so-

bre el rostro desolado de la dolorosa de la tierra, y haciendo un esfuerzo sobrehumano se dirigió á ella.

—¡Señora! ¡Señora! Por la gloria de vuestro hijo, una limosna, por Dios!

La mujer se levantó aterrada ante aquellos ojos llenos de locura que en el templo de la muerte exigían más que imploraba y arrojando unas monedas al suelo, le dijo:

—Tomad, no tengo más: han enterrado á mi hijo de limosna!
Y se alejó.

Juan recogió las monedas de aquélla, y después de contemplar las huéllas que en la nieve dejó la madre desolada, dijo:

—¡Señor! ¡Será verdad, que hasta para morir se pide una limosna?

LE. POLDO ZAMORA.

EL CABALLO DE EXTREMADURA

(DE CARRER)
(Conclusión.)

III

Mucho tiempo se ha pasado Sin que se llegue á saber Del caballo y del jinete: Pero triste está Isabel.

Al cabo de un año justo La demanda un joven rey; Recibióle muda y triste Sin amor y sin desdén.

—«El rey padre trató boda...» Dice el heraldo esta vez; Desde el rincón de sus reinos La gente acude en tropel.

En la iglesia se celebra La boda al amanecer; Con el báculo y la mitra El obispo espera en pie.

Muy serios, junto á la puerta, Están los guardias del rey Por contener á la plebe Que se empuja en el dintel.

Ya el cortejo se adelanta; Suenan músicas doquier Y comenzará la misa Cuando en sus puestos estén.

El altar mayor se adorna Con riquísimo dosel; Vestida Isabel de blanco Está entre el novio y el rey.

De pronto nace un murmullo, Crece y crece á más crecer Y dice que el de Vizcaya Quizás entre ellos esté.

Más, del santo oficio, apenas Comienza el rito y la prez, Desde un ángulo del templo Se promueve gran tropel.

Canta el órgano armonías Armonías del Edén; Los cirios caen, y un trueno Retumba ¡qué trueno aquel!

Muchos cayeron en tierra, Y de un sepulcro se ve Cómo se quiebra la losa Y surgirá bravo apareel.

A la horrenda aparición Ni uno solo queda en pie Y tiemblan de miedo todos Desde el villano hasta el rey.

Más aquélla que acudía Sierva del hado cruel A celebrar aquel rito, Fija en su puesto se ve.

Arrodillase el caballo A su lado, humilde y fiel; Monta la doncella, y huyen Con extraña rapidez.

El espanto, poco á poco Se calma mal ó bien Entre todos, más calmarse Ya no pudo nunca el rey.

Y sueña que asiste á un rito, Luces que se apagan ve, Y oye batir duros cescos De un indómito corcel.

Pregunta á quien se le acerca Nuevas del rito, y no bien Se le contesta, repite Igual pregunta otra vez.

Así el rey vivió sin calma Un año; murió, y después El más próximo pariente Por rey aclamado fué.

Nuevas ni noticia alguna Se alcanzaron á saber Jamás, de aquel vizcaíno, Del bruto, ni de Isabel.

Notas del campo.

Política hidráulica.

II

Hace muchos años había en mi casa un mayoral de la labor, hombre ya entrado en años y que, nacido y criado en el campo, era bastante entendido en materias agrícolas, y recuerdo que muchas veces, cuando nos oía hablar de agricultura, solía decirnos:—Yaya, convénganso ustedes de que la agricultura tal como ustedes la sabon, no valé para nada: agua, tierra y basura, esa es la agricultura verdad. Que me don á mi tierra buena ó mala (porque si es mala para eso está el trabajo del hombre), basura para abonarla y agua en abundancia (esto sobre todo, pues sin agua no puede haber agricultura, como ustedes dicen) y verán como de veinte cosechas que le coja á la tierra diez y nueve serán siempre superiores y la otra, cuando menos, regular, pero nunca mala.

Hacéll definido y de mano maestra, por un hombre rústico, lo que es la agricultura, y hecha la afirmación rotunda y categórica de que el agua es el principio, base y fundamento sobre que se asienta la agricultura. Y esto lo dice un hombre toseco, un hombre vulgar, sin instrucción, un campesino; pero un hombre que es viva representación de la masa neutra, honrada y trabajadora del pueblo, cuya aspiración es verse ayudados en algo por los gobiernos, que éstos se preocupen de su suerte y que traten de mejorarla con la construcción de obras hidráulicas que den valor á sus *pegujares* y les aseguren el fruto de sus cosechas. Y siendo, como son, justas estas peticiones y el pueblo el que las formula, ¿has de desoir el gobierno?

Otro cuento (1): Hace también muchos años, allá por el de 1847, varios agricultores y molineros que tenían propiedades en el río Azuer, acordaron formar un Sindicato para la conservación del caz de dicho río, uso y aprovechamiento de sus aguas; Sindicato que se regía por una Junta general y tenía sus procuradores de acoquia, encargados de inspeccionar los trabajos de riego y evitar se cometiesen abusos, y los guardas, á quienes estaba confiado el cumplimiento de lo estatuido.

Mientras tuvo vida el tal Sindicato todo marchó bien: el río corría durante todo el año y sus aguas se empleaban, de noche, para hacer mover los molinos harineros, y de día, se regaba una gran parte de la vega de dicho río, que corre por los términos municipales de Villahermosa, Carrizosa, Montiel, Alhambra, Solana, San Carlos del Valle, Membrilla, Manzanares y Daimiel, donde desemboca en el Guadán. Se ordenaba la limpieza y desove del álveo en las épocas que era necesario, siendo los gastos de tales trabajos de cuenta de los mismos propietarios, y se atendía á reforzar y recomponer las márgenes por donde lo habían de menester, y tenían que ser muy grandes las lluvias y las nevadas para que produjesen desbordamiento.

Pero después vinieron los disgustos, las cuestiones políticas, los intereses personales y encontrados y todo se fué á pique; y desde aquel día aqué ocurre? Que el río abandonado á su corriente y sangrado por todas partes al antojo de los propietarios que hacen de sus aguas el uso que más le conviene, sin hacer en él la más leve obra de reparación, sin preocuparse siquiera de la limpieza, ó está la mayor parte del año seco, ó se desborda en cuanto cae la más pequeña lluvia, anogando la vega, y arrasando ó pudriendo las cosechas, causando con ello destrozos de incalculable importancia.

Dato es este que no deben olvidarlo los

(1) Cuento sucedido.

que hablan de regeneración ó suspiran por el engrandecimiento de España.

Hace 56 años había quien se preocupaba de la agricultura y estudiaba el aprovechamiento de las aguas de un río para fertilizar algunas tierras; hoy ese río, corre por entre criales incultos y ruinas de molinos.

DIMAS G. NOBLEJAS.

Daimiel 13 de Marzo de 1903.

DE MANZANARES

Una obra que se lleva á efecto.

En la sala capitular de este Ayuntamiento, se ha celebrado hoy con gran animación y entusiasmo la junta magna, con objeto de recaudar fondos con que llevar á feliz término la idea de establecer, como ya indiqué á los lectores de este periódico, una Caja Rural y sociedad de socorros mutuos para socorrer á los obreros enfermos y dar dinero á los pequeños labradores, industriales y artesanos, librándolos de la usura.

Primeramente, se dió lectura á varias adhesiones de respetables personalidades que exosaban su asistencia al acto, unas por enfermedades y otras por ocupaciones de parentaría necesidad.

Después se nombró una junta nominadora encargada de designar los señores que habían de formar la junta directiva, y que luego de deliberar largo rato, presentó la siguiente candidatura, que fué aprobada por unanimidad:

Presidente honorario, el señor cura don Ramón P. Cabezas.

Idem efectivo, D. Jesús García Noblejas. Vicepresidente, D. Alfonso González Casero.

Secretario, D. Alfonso Eguizabal. Subsecretario, D. José Antequera. Tesorero, D. Diego M. Quevedo. Vicetesorero, D. José Díaz Casero.

Seis vocales y doce consejeros.

El presidente Sr. García Noblejas pronunció un breve discurso, dando las gracias por los nombramientos en nombre de los señores que formaban la junta, y el señor cura, en términos elocuentísimos, demostró la utilidad de las Cajas Rurales y el vacío que vienen á llenar en la sociedad actual, y haciendo un llamamiento á los sentimientos caritativos del pueblo de Manzanares, se abrió una suscripción que en breve se cubrió de firmas, en las que figuraban representadas todas las clases sociales; entre ellas las de los señores iniciadores con la cantidad de 1.000 pesetas, la razón social Ayala y Juan con igual cantidad y lo mismo el industrial D. Alfonso Jiménez y González, que fué saludado con estrepitosa salva de aplausos por ser el suscriptor que con mayor cantidad ha contribuido.

Después las cantidades fueron engrosadas considerablemente hasta llegar á la cantidad de 10.000 pesetas, quedando aun muchas personas por contribuir.

Como se vé, la cosa ha empezado bajo los mejores auspicios, y por ello merecen plácemes y elogios cuantos con su dinero y su trabajo han contribuido á tan meritoria obra.

EL CORRESPONSAL.

Manzanares 12-3-1903.

Noticias

Después de penosa enfermedad, el miércoles de esta semana entregó su alma á Dios la respetable y anciana señora doña María Carrero, viuda de Vidal, ciéndose hasta el último instante rodeada de sus hijos, en cuyos brazos murió.

A la conducción del cadáver de la casa mortuoria á la iglesia de la Merced, donde se despedía el duelo, asistió numeroso y escogido público solícito por rendir una prueba de acendrada amistad y cariñoso respeto á la señora D.^a María Carrero y apreciable familia.

Llevaron las cintas del severo ataud cuatro amigos de la familia de Vidal, cuyos señores son los siguientes:

D. Antonio Recuerdo, señor Jefe de Estadística, interventor del Banco y D. Francisco Cuevas.

El duelo lo componían D. Luis Delgado Merchán, D. Adolfo Lucendo, D. Jesús

M. N. M. pector. Env. fin. da. parab. resig. Toc. capit. vos p. ma. S. tez, s. Me. Se. med. titut. Orte. Mu. EL. di. ntes. Fe. A. Cate. tón. sída. pro. Cien. vam. lio. Qui. pet. Ag. fer. ter. ten. qu. mo. sac. mi. de. dá. rin. á. l. sei. Ag. no. Y. gu. cr. rr. ch. M. y. p. pe. e. c.